

RECUERDOS IMBORRABLES

Por José Manuel Aguilar Reyes DMVZ. M.Sc.**

Santo Domingo de los Colorados, Ecuador, América del Sur

(Escrito para Revista Readers Digest Selecciones, sección Instantáneas personales)

Era octubre del año 1973 cuando cursaba el quinto y último año de la carrera de Medicina Veterinaria en la Universidad de Guayaquil, encontrándome en pleno armaje de mi tesis doctoral, que por un año más nos obligaba a transitar por el campo, aulas y laboratorios en busca de nuestro título, que lo obtuve en noviembre del próximo año 1974.

Una tarde calurosa y húmeda de inicio del mes indicado, fui llamado por la señora Secretaria de la Facultad de Ingeniería Agronómica y Medicina Veterinaria, en la antigua Casona Universitaria de la Calle Chile, a recibir el oficio respectivo donde me indicaba el señor Rector Interino de la Universidad, doctor Edmundo Durán Díaz, que había sido seleccionado por la Escuela de Medicina Veterinaria para recibir en ese año, la Medalla de la Filantrópica, galardón que esa entidad bancaria, hoy ya lamentablemente desaparecida, distinguía a los mejores estudiantes de los tres niveles formativos: primaria, secundaria y universitaria, que durante su vida estudiantil hayan alcanzado los más altos puntajes; en nuestro caso, los estudiantes de las facultades y escuelas de la universidad que cumplían el requisito definido.

Yo era un estudiante de provincia que había seleccionado complacido la carrera de medicina veterinaria en la universidad de esa ciudad para formar mi futuro. Carente de recursos económicos, aprovechaba la mano de mi hermano y su familia que gustosos me la extendían en su hogar, pero al encontrarse lejos del centro de la ciudad, muchas de las semanas con sus días, ocupaba un espacio en el cuarto de un compañero de aula que proveniente de Venezuela, estudiaba conmigo. Su nombre era Antonio y su apellido Gómez, a quien amigablemente le decíamos en la universidad “el coño Gómez”, hijo de prominentes ganaderos del Estado de Barinas de ese país, que había escogido nuestro país y ciudad para formarse como veterinario. Con él compartía la mayor parte de mi vida estudiantil, que para subsistir, debía aprovechar mis condiciones innatas de cantante para deambular paralelamente por los escenarios de las principales radios del puerto en busca de espacio artístico, cuyos resultados económicos me servían para avanzar en el camino trazado. No solo acudía a las radios, sino también a tocar las puertas de los escasos e incipientes centros televisivos, siendo recibido en uno de ellos (canal 4) en el programa “sus primeros aplausos”, cuyo conductor, notando mi experiencia en el arte musical, indicó que era ya profesional y no podía competir en el concurso, trasladándome al programa de profesionales que dirigía Jorge Azin, a su programa “Los cien amigos” donde permanecí algún tiempo, aprovechando para desarrollar también mis modestos dotes de poeta,

novelista y cultivador del teatro en la Casa de la Cultura de esa ciudad, donde cultive excelentes relaciones que aún conservo y me sirven, a pesar que vivo lejos de esa gran metrópoli.

Llegó el día esperado del 9 de octubre del año 1973 y a las 11 de la mañana, en el Colegio San Gabriel, se daban cita los familiares de los estudiantes galardonados, quienes paulatina y en orden formativo ascendían por la escalinata a recibir de las autoridades y dirigentes de la Filantrópica la medalla, en medio de sonoros aplausos y gritos de sus familiares. Yo había anticipado a mi compañero de cuarto que no iba a asistir en vista que carecía de terno para la ocasión, respondiéndome en forma alterada, que para eso estaba él, entregándome un saco a cuadros que aún conservo en mi memoria, para que luzca en ese momento. No olvido su gesto e insistencia, haciéndome notar que muy pocos recibían esa medalla y que por ningún motivo deje de asistir. Así lo hice y al ascender por la escalinata cuando escuche mi nombre, los gritos y aplausos desaparecieron; no escuche ningún ruido cuando recibí la medalla, pero al descender la misma, percibí alborozado un grito que aun pulula en mi memoria: “Bravo flaco”, que era la manera de dirigirse Antonio a mí en forma cotidiana, seguido de insistentes aplausos que él motivaba en los asistentes, que sin saber a quién aplaudían imitaban, haciéndome derramar lágrimas, que las sentí tan mías, porque las vertía mi alma. Nos abrazamos como nunca lo hicimos, yo más fuerte porque concebía que ese triunfo no era solo mío, era el instante de compartirlo con mis padres lejanos, mi hermano y su familia que siempre me apoyaron y lógicamente él, que era y fue para mí un hermano más. Hoy lamentablemente lamento la desaparición de Antonio en su casa y país producto de un infarto masivo que lo alejó bruscamente de su familia, amigos y hermanos; en este último casillero seguro estaba yo, pues sus gestos, ademanes y relaciones hacia mi correspondían a esa actitud, que transformada en recuerdo lo mantengo en mi vida inalterable, compartiéndolo con mi esposa Lili, mi hijo y su familia.

** (DMVZ) Doctor en Medicina Veterinaria y Zootécnica, graduado en la Universidad de Guayaquil, Ecuador y (M.Sc.) Master Ciencia de la Universidad de Chile, en Salud Animal. Escritor, poeta e historiador de la Medicina Veterinaria de la Provincia Santo Domingo de los Tsachila, Ecuador, 2016.